

# Capítulo 1

---

Lo primero que notó fue el sonido. Una especie de latido bajo y regular que retumbaba cada vez más fuerte. Zev Hunter notaba la vibración de ese latir rítmico por todo su cuerpo. Dolía. Cada latido por separado parecía resonar por su carne y sus huesos, reverberaba por su piel y sus células, y lo sacudía con tanta fuerza que tenía la sensación de que se iba a romper.

No se movió. Solo el hecho de abrir los ojos y tratar de adivinar qué era aquella llamada insistente y perturbadora, o por qué no desaparecía, hubiera sido un esfuerzo excesivo. Si abría los ojos tendría que moverse, y eso le dolería una barbaridad. Si se quedaba muy quieto, podía mantener el dolor a raya, aunque se sentía como si estuviera flotando en un mar de agonía.

Durante mucho rato permaneció tumbado, mientras su mente se perdía en un lugar lleno de paz. Ahora sabía cómo llegar, conocía el camino a aquel pequeño oasis en un mundo de dolor atroz. Encontró el estanque fresco y amplio de aguas azules y seductoras. El viento rozaba la superficie y formaba ondas juguetonas. A su alrededor, el bosque era exuberante y verde, los árboles altos, los troncos gruesos. El goteo de una discreta cascada que descendía entre las rocas hasta el estanque resultaba relajante.

Zev esperó, conteniendo la respiración. Cuando estaba allí, ella siempre acudía y salía al claro moviéndose lentamente entre los árboles. Ataviada con un vestido largo y una capa de terciopelo azul, con la capucha echada sobre sus largos cabellos, de manera que solo podía atisbar algún detalle de su rostro. El vestido se ceñía a su cuerpo, sus grandes pechos, la cintura estrecha; el corsé realzaba cada curva. Las faldas caían sobre sus caderas hasta el suelo.

Era la mujer más hermosa que había visto nunca. Un cuerpo grácil y fluido, una criatura etérea y esquiva que siempre lo llamaba con su sonrisa suave y un leve gesto de la mano. Y él deseaba seguirla al bosque —era licántropo, y el lobo que vivía en su interior prefería el bosque a los espacios abiertos—, pero no podía moverse, ni siquiera por ella.

Por eso se quedaba donde estaba, empapándose de ella. No era un hombre con facilidad de palabra, y es por ello que no decía nada. Ella jamás se acercaba, jamás salvaba la distancia que los separaba, pero de alguna manera eso no importaba. Estaba allí. No estaba solo. Y cuando la tenía cerca, el dolor se aliviaba.

Sin embargo, esta vez algo perturbó su remanso de paz. Aquel latido atronador lo encontró, y era tan fuerte que el suelo se elevó y volvió a descender con un sonido ominoso y preocupante. Las ondas volvieron a recorrer la superficie del agua, extendiéndose desde el centro hacia fuera, pero esta vez Zev supo que no era el viento. El latido palpitaba en las entrañas de la tierra, y no lo sacudía solo a él, lo sacudía todo.

Los árboles lo sentían. Zev oía la savia que corría por los troncos y las ramas. Las hojas se agitaban con frenesí, como en respuesta a aquella llamada profunda y atronadora. El sonido del agua se hizo más intenso, ya no era el chapoteo suave de unas gotas entre las rocas, no era un flujo constante, sino un chorro que se nutría con el mismo reflujos que la savia de los árboles. Como venas y arterias que fluían a su alrededor bajo la tierra, abriéndose paso hasta cada criatura viviente.

*Ahora lo oyes.*

Por primera vez, ella le habló. Su voz era suave y melodiosa, y no la llevaba el viento, sino el aliento. Un instante estaba del otro lado del pequeño estanque, y al siguiente la tenía arrodillándose entre la hierba alta, inclinandose sobre él, cada vez más cerca, y su boca casi rozaba sus labios.

Zev notó un sabor a canela. Especia. Miel. Todo en un mismo aliento. ¿O era la piel? Sus sentidos de licántropo, normalmente tan agudos para los olores, parecían embotados. Las pestañas de la mujer eran increíblemente largas y oscuras, y enmarcaban unos ojos de color esmeralda. Esmeralda de verdad. Unos ojos tan verdes que resultaban sorprendentes. Él había visto antes esos ojos. Imposible confundirlos. La curva de su boca era la fantasía de cualquier hombre, unos labios carnosos y de un rojo natural.

Aquel sonido atronador no cesaba, como un latido insistente y regular. Zev lo sentía por su espalda y por sus piernas, no le dejaba en paz. A través

de su piel, podía seguir el curso del agua que corría bajo su cuerpo, llevando consigo nutrientes tan necesarios para la vida.

*Puedes sentirlo, ¿verdad?*, insistió ella con suavidad.

Zev no podía apartar la mirada. Sus ojos estaban cautivos. No era de esos que permiten que nada ni nadie les atrape. Obligó a su cabeza a trabajar y asintió... un movimiento que supo que le iba a costar muy caro. Zev esperaba que el dolor lo sacudiría pero, con la excepción de una ligera punzada en el cuello y las sienes que desapareció enseguida, la esperada agonía no llegó.

*¿Qué es?*

Frunció el ceño, tratando de concentrarse. Aquel sonido continuaba, sin pausa, tan regular, tan intenso y rítmico que hubiera jurado que era un corazón, y sin embargo era demasiado intenso y demasiado fuerte. Aún así, era como un latido que le llamaba igual que llamaba a los árboles y la hierba, como si todos fueran parte de un todo. Los árboles. La hierba. El agua. La mujer. Y él.

*Tú ya sabes qué es.*

Zev no quería decirlo. Si pronunciaba las palabras, tendría que volver a enfrentarse a su vida. Una existencia fría e insoportablemente solitaria de sangre y muerte. Él era un cazador de élite, daba muerte a las manadas de renegados —licántropos convertidos en hombres lobo que cazaban hombres— y era muy bueno.

*Dime, hän ku pesäk kaikak, ¿qué es lo que oyes?*

Las notas melódicas de la voz de la mujer penetraron por sus poros y se extendieron por su cuerpo. Y Zev notó cómo aquel sonido musical envolvía su corazón y se colaba en sus huesos. Notaba el aliento de la mujer en su rostro, cálido y suave, y fresco, como la más leve de las brisas, acariciando su piel templada. Sus pulmones parecían seguir el ritmo de los de ella, como si estuviera respirando por él, no solo con él.

*Hän ku pesäk kaikak. ¿Dónde había oído aquello antes?* La mujer lo decía como si esperara que entendiera lo que estaba diciendo, pero estaba en un idioma que ciertamente no conocía... y conocía muchos.

El sonido se oía más fuerte, más cerca, como si estuviera rodeado por todas partes de tambores que marcaban el ritmo, pero él sabía que no era eso. Aquel latido venía de debajo, y le llamaba.

Era imposible no hacer caso, por más que quisiera. Ahora sabía que no pararía, nunca, a menos que contestara a la llamada.

*Es el latido de la misma tierra.*

Ella sonrió y sus ojos parecieron adoptar el aspecto multifacético de las gemas con las que había visto adornarse a las mujeres, solo que mil veces más brillante.

Y asintió, moviendo la cabeza muy despacio. *Por fin vuelves a estar realmente con nosotros. La Madre Tierra te llama. Has sido convocado al consejo de los guerreros. Es un gran honor.*

Los susurros se movían por su mente como jirones de niebla. No conseguía retener ninguna palabra, pero a su alrededor oía voces masculinas que se elevaban y callaban, como si hubiera mucha gente. Una intensa sensación de calor lo golpeó. Calor de verdad. Asfixiante. Ardiente. Sus pulmones se negaban a trabajar, a absorber el aire tan necesario. Cuando trató de abrir los ojos, no pasó nada. Estaba encerrado en su mente, lejos de lo que sea que estaba pasando en su cuerpo.

La mujer se inclinó más cerca, y sus labios rozaron los de él. El corazón de Zev dio un vuelco. Apenas le había rozado, ligera como una pluma, pero aquella era la sensación más íntima que había experimentado en su vida. Era un boca exquisita. Perfecta. Una fantasía. Los labios de ella volvieron a moverse, suaves y cálidos, fundiéndose con él. Y notó su aliento en la boca, una bocanada suave y ligera de aire limpio y fresco. De nuevo notó aquel sabor. Canela. Especia. Miel.

*Respira, Zev. Eres a la vez licántropo y carpatiano, y puedes respirar donde quieras cuando tú quieras. Respira.*

Él no era un *sange rau*.

*No, sange rau, no. Tú eres un hän ku pesäk kaikak. Eres un guardián.*

El aliento que ella había insuflado en él seguía moviéndose por su cuerpo. Zev casi podía seguir sus pasos, como si aquel precioso aire fuera una corriente de blancura que se abría paso por una maraña, hasta que llenó sus pulmones. Sí, pudo sentir que el aliento de la mujer entraba en sus pulmones y los llenaba.

*Esto no es un sueño ¿verdad?*

Ella sonrió. Un hombre podría matar por aquella sonrisa.

*No, Zev, no estás soñando. Estás en la cueva sagrada de los guerreros. La Madre Tierra ha convocado a los antiguos guerreros para que sean testigos de tu renacimiento.*

Zev no entendía de lo que estaba hablando, pero empezaba a atar cabos. *Sange rau* era una combinación entre la sangre de un lobo solitario y la de un vampiro. *Hän ku pesäk kaikak* era la combinación de sangre de licántropo y carpatiano. No estaba muy seguro de lo que era la cueva de los

guerreros, o dónde estaba, pero no le acababa de gustar lo del «renacimiento».

*¿Por qué no puedo moverme?*

*Estás volviendo a la vida. Has estado un tiempo apartado de nosotros.*

*No de ti.*

Ella había estado con él mientras permanecía atrapado en aquel lugar oscuro de dolor y locura. Si una cosa sabía con absoluta certeza, es que ella había estado allí. Y no podía avanzar porque no había sido capaz de dejarla.

Zev recordaba su voz, suave y suplicante. *Quédate, quédate conmigo.* Y esa voz los había encerrado a los dos en un mar de agonía que no parecía tener fin.

*Tiene fin. Estás despertando.*

Sí, tal vez estaba despertando, pero el dolor seguía ahí. Zev se permitió un momento para asimilarlo. La mujer tenía razón. El dolor estaba remitiendo a un nivel tolerable, pero aquel calor que lo envolvía estaba quemando su cuerpo. Sin el aire que ella le había dado, habría estado asfixiándose, ahogándose, desesperado.

*Piensa en la temperatura corporal que desees. Eres carpatiano. Abraza aquello que eres.*

La voz no cambiaba. La mujer no parecía impacientarse por su incapacidad de comprender. Antes, cuando estaba más lejos, no le había parecido distante, simplemente, esperaba. Ahora era distinto, era como si esperara algo de él.

*¡Qué demonios!* Si la mujer decía que pensara en una temperatura distinta a la que le estaba quemando vivo, eso podía hacerlo. Eligió una temperatura normal y la retuvo en su mente. Ella le estaba hablando sin palabras, telepáticamente, así que seguramente vería que había hecho lo que le decía.

Al momento el calor abrasador desapareció. Zev trató de respirar. El calor inundó sus pulmones, pero también había aire. Él la conocía. Solo había una mujer que pudiera hablarle como ella lo hacía. De mente a mente. Ahora sabía quién era. ¿Cómo podía haberla olvidado?

*Branislava.*

¿Cómo había acabado atrapada con él en un lugar tan terrible? Y rezó una pequeña oración dando gracias por no haberla dejado allí. Era ella quien había susurrado. *Quédate. Quédate conmigo.* Tendría que haber reconocido su voz, una voz dulce y melodiosa que llevaba grabada en sus huesos.

*Me has reconocido.* Ella volvió a sonreírle y Zev notó sus dedos rozar su mandíbula y subir a su frente para apartar unos cabellos que le caían sobre el rostro.

Aquel contacto le produjo placer, no dolor. Una pequeña descarga le bajó de la frente al vientre, haciendo que tensara los músculos. Y la corriente siguió bajando e hizo brotar el fuego en su entrepierna. Si, podía sentir algo aparte de dolor, ¿no era de esperar que ese algo fuera deseo?

Ahora le parecía impensable no haber sabido en todo momento quién era. Era ella. La única. La mujer. Zev había conocido a muchas mujeres, por supuesto. Había vivido demasiado para que pudiera ser de otro modo. Era un cazador, un cazador de élite, y nunca se quedaba mucho tiempo en un mismo lugar. No establecía vínculos con nadie. Las mujeres no le dejaban sin aliento ni le hechizaban. No pensaba en ellas noche y día. No ocupaban sus fantasías. No quería a ninguna para sí.

Hasta que la conoció a ella. Branislava. Ella no era licántropa. No hablaba mucho. Tenía el aspecto de un ángel y se movía como una tentación. Su voz era como el canto de una sirena. Aquel día, ella le había mirado con aquellos ojos tan atípicos, le sonrió con su boca perfecta, y aquello despertó en él toda suerte de fantasías eróticas. Y cuando bailaron aquella única vez, un momento inolvidable, el cuerpo de ella parecía encajar en el suyo, fundirse en el suyo, y quedó grabado allí hasta el fin de los tiempos, en su piel, en su carne.

Todas y cada una de las normas que se había impuesto a sí mismo en relación con las mujeres en sus largos años de vida se rompieron con ella. Ella le dejó sin aliento, le hechizó. Pensaba en ella noche y día. Ocupaba sus fantasías. La deseaba en todos los sentidos posibles. Su cuerpo, su corazón, su mente. Su alma. La quería para sí.

*¿Cómo has llegado aquí? ¿A este lugar?*

Le asustaba pensar que de alguna forma la hubiera arrastrado a aquel mar de agonía porque estaba enamorado de ella. ¿Podía hacer eso un hombre? ¿Querer a una mujer hasta tal punto que cuando moría se la llevara consigo? La idea le aterraba. Él había vivido honorablemente, al menos lo había intentado, y jamás había hecho daño a ninguna mujer que no fuera una renegada asesina. La posibilidad de haber arrastrado a Branislava con él al infierno le resultaba de lo más perturbadora.

*Elegí venir contigo,* contestó ella como si aquello fuera lo más normal del mundo. *Nuestros espíritus están unidos. Nuestros destinos están entrelazados.*

*No lo entiendo.*

*Te estabas muriendo. Y no había otro modo de salvarte. Eres alguien precioso para todos nosotros, un hombre de honor y destreza.*

Zev frunció el ceño. Aquello no tenía sentido. Él no tenía familia. Tenía su manada, pero dos de sus miembros, amigos durante tantos y tantos años, le habían traicionado y habían tratado de matarle. Y ahora tenía la sangre mezclada y entre los suyos eran pocos los que le hubieran aceptado.

*¿Todos nosotros?, repitió. ¿Y eso quién es?*

*¿No les oyes llamarte?*

Zev se quedó muy quieto, ajustando su agudo sentido del oído para oír más allá del latido de la tierra, del agua que fluía por debajo, tratando de llegar a las voces distantes. Voces masculinas. Que parecían rodearle. Algunos salmodiaban en algún antiguo lenguaje, otros entonaban cantos guturales como hacían antaño los monjes. Cada palabra, cada nota vibraba por todo su cuerpo, igual que hiciera antes el latido de la tierra.

Lo llamaban, igual que le llamaba la tierra. Era la hora. No podía seguir buscando excusas, y parece que tampoco pensaban dejar que siguiera donde estaba. Se obligó a abrir los ojos.

Estaba bajo tierra, en una cueva. Se dio cuenta enseguida. A su alrededor notaba calor y humedad, aunque no se sentía acalorado. Más bien lo veía, veía las ondas de calor que reverberaban por aquella cámara inmensa.

Grandes estalactitas colgaban del techo alto. Eran formaciones enormes, como grandes hileras de dientes de diferentes tamaños. Del suelo subían estalagmitas con amplias bases. Los colores se enroscaban en las columnas, desde el suelo hasta los extremos puntiagudos. El suelo estaba desgastado por siglos de pies.

Zev supo que estaba muy por debajo de la tierra. La cámara, aunque era inmensa, le parecía hueca. Y él yacía en el interior de la propia tierra, con el cuerpo cubierto de margas ricas y negras. Los minerales salpicaban el manto de tierra que lo cubría. Había cientos de velas encendidas en las paredes que iluminaban la caverna y arrojaban luces parpadeantes sobre las estalagmitas, haciendo que aquellos colores apagados cobraran vida.

Su corazón empezó a latir desbocado. No sabía dónde estaba, ni cómo había llegado allí. Volvió la cabeza y al instante su cuerpo se serenó. Ella estaba allí, sentada a su lado. Branislava. Realmente, era tan hermosa como la recordaba. Su piel era clara e inmaculada. Las pestañas largas, los labios tan perfectos como en su sueño. Solo las ropas eran distintas.

Tenía miedo de hablar, temía que si lo hacía se desvanecería. Tenía un

aire más etéreo que nunca, como una criatura del pasado, no parecía en modo alguno hecha para vivir en el mismo mundo en que él. Los cantos aumentaron de volumen y Zev estiró el brazo para tomar su mano y enlazar sus dedos con fuerza con los de ella, y entonces volvió la cabeza para buscar el origen — orígenes — de la llamada.

En la caverna había varios hombres, todos ellos guerreros, y en sus rostros podía verse el rastro de demasiadas batallas. Zev se sentía a gusto entre ellos, se sentía parte de ellos, como si en aquella cámara sagrada todos fueran de una misma hermandad. Conocía sus rostros, aunque a la mayoría no los había visto en su vida, pero sabía la clase de hombres que eran.

Entre ellos vio a cuatro hombres a los que conocía bien, aunque se sentía como si hiciera cien años que no los veía. Fenris Dalka estaba allí. Era de esperar. Fen era su amigo, si es que alguien como él podía tener amigos. A su lado estaba Dimitri Tirunul, el hermano de Fen, y tampoco eso era extraño. Los hermanos estaban muy unidos. Si tenían apellidos diferentes era solo porque Fen había adoptado el apellido de un licántropo para sentirse más integrado durante los años que pasó con ellos.

Había dos figuras junto a otro agujero donde un hombre yacía mirando a su alrededor igual que hacía él. Aquel hombre, que estaba en lo que bien podía ser una tumba abierta, se veía pálido y cansado, como si acabara de pasar por el infierno y hubiera salido por el otro lado. Zev se preguntó ociosamente si él tendría el mismo aspecto. Tardó unos instantes en reconocerlo, era Gary Jansen. Gary era humano, y había pasado entre una manada de lobos para llegar hasta él durante una batalla particularmente cruenta. Se alegró de verlo con vida.

Conocía a Gregori Daratrazanoff. Gregori nunca estaba muy lejos de su príncipe, y en aquellos momentos no se apartaba del lado de aquel hombre, que estaba intentando incorporarse. Gregori se inclinó enseguida y ayudó a Gary a sentarse con delicadeza. El otro hombre que había junto a la «tumba» tenía el mismo aspecto que Gregori. Debía de ser también un Daratrazanoff.

Al otro lado, a cierta distancia de Gregori, estaban dos de los hermanos De La Cruz a los que conocía, Zacarías y Manolito, que habían participado con él en una suerte de batalla. Los hechos seguían siendo un tanto confusos. Había un tercer hombre entre ellos.

En el centro de la caverna había varias columnas más pequeñas hechas con cristales que formaban un círculo en torno a una columna rojo sangre con lo que parecía una punta muy afilada. Junto a ella estaba Mikhail Du-



brinsky, príncipe del pueblo carpatiano. Hablaba en voz muy baja, pero su voz se extendía por la estancia con gran autoridad.

Mikhail hablaba en un idioma antiguo con palabras rituales destinadas a invocar a sus ancestros.

— *Veri isääkank... veri ekääkank.*

Para su sorpresa y asombro, Zev descubrió que entendía las palabras. Sangre de nuestros padres..., sangre de nuestros hermanos. Sabía que aquello era la traducción literal, pero aquel era un idioma muy antiguo, no el idioma de los licántropos. A lo largo de los siglos había oído hablar la lengua de los carpatianos, pero no era normal que entendiera las palabras con tanta claridad.

— *Veri olen elid.*

La sangre es vida. A Zev el aliento se le atascó en la garganta. Podía entenderlo. Él hablaba muchos idiomas, pero aquel era un idioma tan antiguo que no hubiera podido aprenderlo. ¿Cómo es posible que lo entendiera? Nada de todo aquello tenía sentido, y sin embargo ya no se sentía la cabeza tan espesa.

Branislava le oprimió la mano con fuerza. Él volvió la cabeza y la miró. Era tan hermosa que le dejaba sin aliento. Sus ojos estaban clavados en él, y sentía que penetraban muy adentro. Demasiado. Ya la tenía bien grabada en la mente. Y se estaba acercando demasiado a su corazón.

— *Andak veri-elidet Karpatiikank, és wäke-sarna ku meke arwa-arvo, irgalom, hän ku agba, és wäke kutni, ku manaak verival* —siguió diciendo Mikhail.

Su voz poderosa resonaba por la estancia, cruda y elemental, y atrajo de nuevo su atención.

Zev entendió las palabras. Ofrecemos esta vida a nuestro pueblo con un juramento de sangre en aras del honor, la clemencia, la integridad y la fortaleza.

¿Qué significaba? Aquello era un ritual, y aunque no sabía qué estaba pasando exactamente, se sentía parte de la ceremonia. La presencia de Fen y Dimitri le tranquilizaba. Cuanto más tiempo llevaba despierto, más despejada se sentía la mente. Los dos tenían la sangre mezclada, aunque habían nacido siendo carpatianos puros.

Mikhail dejó caer su palma sobre la punta afilada de la columna rojo oscuro. Al punto los cristales pasaron del rojo oscuro al carmesí, como si la sangre de Mikhail les hubiera hecho cobrar vida.

— *Verink sokta; verink kana terád.*

La voz de Mikhail se elevó poderosa.

Zev vio chispas que iluminaban el lugar. Torció el gesto al oír aquellas palabras. Nuestra sangre es una sola y te invoca. Estaba mezclando su sangre con la de alguien poderoso, eso era evidente por la forma en que las columnas empezaron a cobrar vida. Algunas lanzaban destellos de color, aunque todavía eran bastante apagados.

—*Akasz énak ku kanya és juttasz kuntatak it.*

De nuevo Zev tradujo en su mente lo que oía, mientras las columnas empezaban a retumbar. Escucha nuestras plegarias y únete a nosotros. Por toda la estancia las columnas se sacudieron, y los cristales multicolores se iluminaban, arrojaban brillantes colores sobre el techo y las paredes. Los colores eran tan deslumbrantes que Zev tuvo que proteger sus sensibles ojos.

Carmesí, esmeralda, un bello zafiro, los colores adoptaron la extraña forma de una aurora boreal. El zumbido se hizo más fuerte y Zev se dio cuenta de que cada uno adoptaba un tono distinto, un matiz diferente, perfecto para su oído. Hasta ese instante no se había dado cuenta, pero las columnas parecían tótems con los rostros de guerreros grabados en el mineral, y cobraron vida, con aquellos colores que les daban mayor expresividad y carácter.

Entonces dejó escapar el aliento lentamente. Aquellos guerreros llevaban muertos mucho tiempo. Estaba en una cueva de muertos, y Mikhail estaba invocando a aquellos antiguos guerreros con algún extraño propósito. Tenía la desagradable sensación de que ese propósito le incluía a él.

—*Ete tekaik, sayeak ekäakanket. Čáč3katlanak med, kutenken hank ekäakank tasa.*

Zev tragó audiblemente cuando tradujo en su cabeza. Hemos traído ante ti a nuestros hermanos, no nacidos como tales, pero hermanos al fin.

Había nacido siendo licántropo y había servido a su pueblo durante largos años como cazador de élite viajando por el mundo en busca de lobos renegados que mataban a humanos. Era uno de los pocos licántropos que podían cazar en solitario y se sentía lo bastante seguro y confiado para hacerlo. A pesar de ello, seguía siendo un licántropo y siempre tendría la necesidad de formar parte de la manada.

Los de su estirpe despreciaban a los que tenían la sangre mezclada. Poco importaba que su sangre se hubiera mezclado por servir a los suyos. Le habían herido en cientos de batallas y había perdido demasiada sangre. Los guerreros carpatianos habían acudido en su ayuda en más de una ocasión, como sucedió aquella última vez.

Zev levantó la mirada y se encontró a Fen a un lado y a Dimitri al otro. Los hermanos De La Cruz estaban a un lado y a otro del extraño.

Gregori y su hermano estaban cada uno a un lado de Gary, que en aquellos momentos se estaba poniendo en pie con la ayuda de Gregori. Zev respiró hondo. Él no sería el único hombre que estuviera sentado mientras todos los demás estaban en pie. Se pondría en pie o moriría en el intento.

Entonces soltó su tabla de salvación y al momento le entró el pánico... otra cosa impensable en un hombre como él. No quería que ella desapareciera. Sus ojos la buscaron. *No me dejes.*

Ella le dedicó una sonrisa con la que cualquier hombre habría podido vivir de fantasías por el resto de sus días. *Estamos unidos, Zev. Donde tú vayas, voy yo. Solo los ancestros pueden deshacer el entramado entre los espíritus.*

¿Y todo esto es por eso? Porque, de ser así, no estaba muy seguro de querer continuar.

*Ni siquiera el príncipe puede pedirte algo así. Solo yo. O tú.*

Ella le dio la información, pero Zev tenía la sensación de que lo había hecho algo a desgana. Y le pareció bien. No estaba preparado para renunciar al vínculo que le unía a ella todavía.

*Fen, no llevo nada puesto y quiero levantarme. No pienso quedarme estirado en esta tumba como una criatura.* Por primera vez era consciente de que estaba totalmente desnudo, y Branislava había estado a su lado en todo momento, sosteniendo su mano... ni siquiera cuando su cuerpo había vuelto a la vida se había apartado de él.

Al momento ya estaba limpio y ataviado con unos pantalones cómodos y una camisa de un blanco inmaculado. Trató de incorporarse. Fen y Dimitri lo sujetaron a la vez, e impidieron así que cayera de bruces y se pusiera en evidencia. Sus piernas parecían de goma, se negaban a obedecerle y a hacer su trabajo. Para un licántropo aquello era de lo más embarazoso, pero para un cazador de élite era totalmente humillante.

Mikhail lo miró y le dedicó un gesto de asentimiento, o quizá solo era el alivio de verle con vida. Zev aún no estaba muy seguro de sentirse aliviado.

—*Aka sarnamad, en Karpatiiakak. Sayeak kontaket namanak te-kaiked. Tajnak aka-arvonk és arwa-arvonk.*

Escuchadme, grandes guerreros. Traemos a estos hombres ante vosotros, todos ellos guerreros, merecedores de nuestro respeto y honor. Zev tradujo las palabras dos veces, solo para asegurarse de que estaba inter-

pretando correctamente la conversación del príncipe con los antiguos guerreros.

Gary, que estaba en pie entre los hermanos Daratrazanoff, cuadró los hombros como si sintiera unos ojos puestos sobre él. Zev estaba convencido de que, de alguna manera, aquellos espíritus de los muertos los estaban observando, y quizá estaban evaluando su valor. Los colores remolineaban formando diferentes tonos, y las notas se unieron como si los antiguos guerreros estuvieran preguntando al príncipe.

—*Gregori és Darius katak Daratrazanoffak. Kontak namanak sarnanak hän agba nókunta ekäankal, Gary Jansen, hän ku olenot küm, kutenken olen it Karpatii. Hän pohoopa kuš Karpatiikuntanak, partiolenaka és kontaka. Sayeak hänet ete tekaik.*

Gregori y Darius, de la gran casa de los Daratrazanoff, proclaman su afinidad con nuestro hermano, Gary Jansen, quien fuera humano, y ahora es uno de nosotros. Ha servido a nuestro pueblo incansablemente, en sus investigaciones y en la batalla. Lo traemos a vuestra presencia.

Zev sabía que además de luchar junto a los carpatianos, Gary había trabajado mucho por ellos, y había vivido entre ellos durante largos años. Era evidente que todos los carpatianos que había allí sentían un profundo respeto por él, al igual que él. Gary había luchado con valentía y de modo totalmente desinteresado.

—*Zacarias és Manolito katak De la Cruzak, kätkä enä wäkeva kontak. Kontak namanak sarnanak hän agba nókunta ekäankal, Luiz Silva, hän ku olenot jaquár, kutenken olen it Karpatii. Luiz mänet en elidaket, kor3nat elidaket avio päläfertiilakjakak. Sayeak hänet ete tekaik.*

Zacarias y Manolito, de la casa De La Cruz, dos de nuestros guerreros más poderosos, proclaman su afinidad con nuestro hermano, Luiz Silva, antaño jaguar, ahora carpatiano. Luiz salvó la vida de dos de sus compañeras eternas. Lo traemos ante vosotros.

Zev no sabía nada de Luiz, pero no podía sino admirar a cualquier hombre a quien Zacarias de la Cruz quisiera reclamar como hermano. Zacarias no era precisamente conocido por su bondad. Luiz sin duda debía de ser un gran guerrero para codearse con aquella familia de carpatianos.

—*Fen és Dimitri arwa-arvodkatak Tirunulak sarnanak hän agba nókunta ekäankal, Zev Hunter, hän ku olenot Susiküm, kutenken olen it Karpatii. Torot päläpälä Karpatiikuntankal és piwtät és piwtä mekeni sarna kunta jotkan Susikümkunta és Karpatiikunta. Sayeak hänet ete tekaik.*

Fen y Dimitri de la noble casa de Tirunul proclaman su afinidad con

nuestro hermano Zev Hunter, antaño licántropo, ahora carpatiano. Ha luchado codo con codo con nuestra gente y ha tratado de conseguir una alianza entre licántropos y carpatianos. Es de sangre mestiza, como aquellos que proclaman su afinidad con él. Le traemos ante vosotros.

Imposible confundir aquellas palabras. Mikhail había pronunciado su nombre y había dicho que Fen y Dimitri lo reclamaban como hermano. Sin duda tenía suficiente sangre de los dos en su interior para considerarlos sus hermanos.

El zumbido aumentó de volumen, y Mikhail asintió varias veces antes de volverse hacia Gary.

—¿Es tu deseo convertirte en hermano de pleno derecho?

Gary asintió con el gesto sin vacilar. Zev estaba convencido de que, al igual que él, a Gary no le habían preparado para aquello. La respuesta tenía que salir de tu interior en el preciso instante en que llegara la pregunta. No había preparativos. Y no sabía qué respuesta brotaría de su interior.

Gregori y Darius, con Gary entre los dos, se acercaron a la columna de cristal, que en aquellos momentos era de un rojo apagado. Gregori dejó caer su mano con la palma hacia abajo sobre la punta afilada de la formación, haciendo con ello que su sangre se derramara sobre la del príncipe.

—Coloca tu mano sobre la piedra sagrada de sangre y deja que tu sangre se mezcle con la de los ancestros y con la de tus hermanos —le indicó Mikhail.

Gary se adelantó lentamente, siguiendo el mismo camino que tantos guerreros habían seguido antes que él. Colocó su mano sobre la punta afilada y dejó caer la palma. Su sangre se derramó sobre la columna de cristal y se mezcló con la de Gregori.

Darius se acercó por detrás con el mismo paso silencioso y mortífero de su hermano, y cuando Gary se apartó, colocó su mano sobre la punta de la piedra de sangre y dejó que su sangre se mezclara con la de Mikhail, Gregori, Gary y los antiguos guerreros que hubo antes que ellos.

El zumbido se hizo más intenso, llenaba la estancia. Los colores remolineaban, adoptando ahora diferentes tonos de azul, verde y púrpura.

Gary profirió un ligero respingo y calló, sin dejar de asentir, como si pudiera oír algo que Zev no oía. Unos minutos después, retrocedió y lanzó una ojeada al príncipe.

—Está hecho —afirmó Mikhail—. Que así sea.

El zumbido cesó, todas aquellas hermosas notas que creaban una melodía de palabras que solo el príncipe podía entender. En la sala se hizo el

silencio. Zev podía oír su corazón latiendo a toda prisa. Respiró hondo y dejó escapar el aire. La tensión y la sensación de anticipación iban en aumento.

—Luiz, ¿es tu deseo convertirte en hermano de pleno derecho? —preguntó Mikhail.

Zev miró con atención a Zacarías y Manolito. Los hermanos De La Cruz eran ciertamente infames. Adoptar a su familia como propia era una auténtica temeridad. Y solo un hombre fuerte y seguro habría aceptado tal cosa.

Luiz inclinó la cabeza y se acercó a la piedra de sangre de cristal por su propio pie, con Zacarías y Manolito detrás. Era evidente que Luiz no había resultado herido. Físicamente estaba bien, y se movía con la fluidez de un felino salvaje.

Zacarías hirió su palma primero, y dejó que su sangre se mezclara con la de los antiguos guerreros. Al punto empezaron los zumbidos, una llamada baja de salutación, reconocimiento y honor. Los colores remolineaban por la estancia como si los ancestros conocieran a Zacarías y su reputación legendaria. Parecía como si estuvieran saludando a un viejo amigo. Zev no tenía ninguna duda de que los antiguos guerreros estaban rindiendo homenaje a aquel hombre. Seguramente muchos le habían conocido.

Cuando el zumbido cesó, Luiz se acercó a la piedra e hirió su palma, y su sangre se mezcló con la del mayor de los hermanos. Manolito se acercó después e hizo otro tanto, de modo que la sangre de los tres se mezcló con la de los antiguos guerreros.

El zumbido de aprobación volvió a empezar, y las grandes columnas de estalagmitas y estalactitas se tiñeron de bandas de colores: blanco, amarillo y rojo.

Luiz permanecía en silencio, muy quieto, igual que había hecho Gary antes que él y, al igual que este, él también asintió con el gesto en varias ocasiones, como si estuviera escuchando. Miró a Zacarías y Manolito y sonrió por primera vez.

—Está hecho —musitó Mikhail en un tono bajo y poderoso que pareció llenar la estancia—. Que así sea.

Zev se notaba la boca seca. Su corazón empezó a latir con fuerza. Notaba la tensión acumularse muy abajo, en su vientre, formando grandes nudos sin que él pudiera evitarlo. Allí había aceptación... pero siempre cabía la posibilidad de que le rechazaran. Él no había nacido siendo carpantino, pero Fen y Dimitri le ofrecían mucho más que eso... ellos respon-

dían por él. Le llamaban hermano. Si aquellos antiguos guerreros le aceptaban, sería realmente licántropo y carpatiano. Volvería a tener su manada. Tendría un lugar al que pertenecer.

La atmósfera en la gran cámara era sombría. La elocuencia de los guerreros muertos tiempo ha se desvaneció lentamente y Zev supo que había llegado el momento. No tenía ni idea de lo que haría cuando le preguntaran. Ni idea. Ni siquiera sabía si sus piernas podrían llevarle hasta allí, y no estaba dispuesto a aceptar que lo llevaran a costas hasta la piedra de sangre.

—Zev, ¿es tu deseo convertirte en hermano de pleno derecho? —preguntó Mikhail.

Él notó el peso de todas las miradas. Miradas de guerreros. Buenos hombres que conocían la batalla. Hombres a los que respetaba. Sus pies querían moverse. Quería ser parte de aquello. Físicamente aún estaba muy débil. ¿Y si decidían que no estaba a la altura?

*No eres débil, Zev. No hay nada débil en ti.*

La voz de Branislava se movió por su interior como un sople de aire fresco. No se había dado cuenta de que estaba conteniendo la respiración hasta que ella le habló de un modo tan íntimo. Dejó escapar el aire, se mentalizó e hizo su primer movimiento. Fen y Dimitri se quedaron cerca, no solo para acompañarle hasta la piedra de sangre, sino para asegurarse de que no caía de bruces. Y a pesar de todo, estaba decidido a no dejar que eso pasara.

Con cada paso que daba sobre aquel gastado suelo de piedra, parecía absorber a todos los que habían vivido antes que él. Su sabiduría. Su técnica en la batalla. Su gran determinación y su sentido del honor y el deber. Notaba que la información iba acumulándose en su cabeza, pero no era capaz de procesarla. Era un regalo asombroso, y sin embargo no podía acceder a aquellos datos, y en su mente eso hizo más real la posibilidad de que lo rechazaran. Tenía la sensación de que había estado antes en aquella cámara sagrada, en algún lugar, en algún momento, hacía mucho. Cuanto más tiempo pasaba allí, más familiar le resultaba.

Se acercó a la columna, sintiendo que su corazón se aceleraba más y más. De aquella piedra de sangre emanaba un poder crudo y descarnado. La formación palpitaba, y con cada pulsación se formaban nuevas franjas de color, en diferentes tonos de rojo, por la sangre que había pertenecido a todos los grandes guerreros que habían abandonado el mundo de los carpatianos y que sin embargo, a través del príncipe, podían seguir ayudando

a su pueblo. Mikhail entendía sus voces a través de aquellas notas perfectamente acompasadas.

Fen dejó caer la palma sobre la punta de la estalagmita. Su sangre se escurrió sobre la piedra sagrada. Los colores cambiaron al instante, burbujeando con un intenso púrpura sobre el rojo oscuro. Retrocedió para permitir que Zev se acercara a la columna.

No pensaba prolongar aquello. O le aceptaban o no. No podía recordar ni una sola vez en su vida en que le hubiera importado lo que los demás pensarán de él, pero allí, en la cámara sagrada de los guerreros, se dio cuenta de que importaba mucho más de lo que hubiera querido. Dejó caer la palma sobre la punta afilada para que atravesara su carne y su sangre fluyera sobre la de Fen, para que se mezclara con la de la persona que iba a convertirse en su hermano y la de los grandes guerreros del pasado.

Su alma se distendió para ir al encuentro de los que fueron antes que él. Se sintió rodeado, arropado por toda aquella camaradería, aceptación, pertenencia. La comunidad que así lo aceptaba se remontaba muy atrás en el tiempo, los guerreros de antaño lo saludaban. Y en el proceso, el flujo de información que pasaba por su mente, adhiriéndose a sus recuerdos, le pareció a la vez abrumador y asombroso.

Él era un hombre a quien jamás se le escapaba ningún detalle de cuanto le rodeaba. Era una de las cosas que le habían permitido convertirse en un guerrero de élite. Ahora, todo le parecía más nítido, más vívido. El corazón de cada uno de los guerreros que había allí, los antiguos y los de ahora, latía al compás del corazón de la tierra. La sangre corría por sus venas, igual que la sangre de los ancestros corría por el cristal y el agua corría por la tierra.

Dimitri dejó caer su palma sobre el cristal y al momento Zev sintió que sus sangres se mezclaban, que su nueva relación de parentesco era más profunda que su amistad. Su historia y la de ellos se convirtieron en una misma historia que se remontaba a los tiempos antiguos. La información se acumulaba, se amontonaba en su mente a un ritmo acelerado. Y con ella llegó la responsabilidad de los que eran como él.

El zumbido se hizo más fuerte, ahora podía reconocer el significado de aquellas notas: aprobación, aceptación sin reservas. Los colores remolineaban y formaban franjas por la cámara. Los antiguos guerreros le reconocían, reconocían su linaje, no solo el linaje de Fen y Dimitri, que lo reclamaban como hermano, sino también el suyo, que no era nacido de una unión del todo licántropa.

*Bur tule ekämet kuntamak.* Las voces de los ancestros llenaban su



mente de saludos. Bien hallado, hermano. *Eläsz jeläbam ainaak*. Que vivas largo tiempo en la luz.

Zev no sabía que su linaje fuera otra cosa que licántropo puro. Su madre había muerto mucho antes de que pudiera guardar ningún recuerdo de ella. ¿Por qué iban aquellos guerreros a reclamar su parentesco con él a través de su sangre y no la de Fen y Dimitri? Aquello no tenía sentido.

*Nuestras vidas están vinculadas por nuestra sangre*. Le hablaban mediante su antiguo lenguaje y Zev no tenía ninguna dificultad para traducirlo, como si siempre hubiera sido parte de él y solo hubiera necesitado que aquellos guerreros llenaran un vacío en su mente para que volviera a despertar.

*No entiendo*. Aquello era poco. Estaba más confundido que nunca.

*Todo, incluso nuestro compañero eterno, viene determinado por la sangre que corre por nuestras venas. Tu sangre es sangre oscura. Ahora eres de sangre mestiza, pero sigues siendo uno de los nuestros. Eres kont o sívanak*.

Corazón fuerte, corazón de guerrero. Era un tributo, pero aquello no le aclaraba lo que quería saber.

¿*Quién era mi madre?* Esa era la respuesta que necesitaba conocer. Si ya tenía sangre carpatiana en las venas, ¿cómo es que él no lo sabía?

*La madre de tu madre era carpatiana pura. Los licántropos la mataron por ser una sange rau. Su hija, tu madre, fue criada como si fuera licántropa. Se apareó con un licántropo y te alumbró a ti, un sangre oscura. Eres kunta*.

Familia, entendió Zev. ¿De qué linaje? ¿Cómo? Sabía que estaba tardando mucho más que Gary o Luiz, pero no quería renunciar a aquella fuente de información. Su padre jamás insinuó siquiera que pudiera haber sangre carpatiana en su familia. ¿Lo sabía? ¿Lo sabía su madre? Si su abuela había sido asesinada por los licántropos por su sangre mestiza, nadie hubiera querido confesar nunca que su madre era hija de alguien así. La familia la habría ocultado. Lo más probable es que su padre hubiera abandonado su manada y hubiera buscado otra que le protegiera.

El zumbido empezó a apagarse y Zev se descubrió estirando mentalmente su mente, necesitaba más.

*Esperad. ¿Quién era ella?*

*Está ahí, en tus recuerdos, todo cuanto necesitas, todo cuanto eres. La sangre llama a la sangre, y ahora vuelves a ser puro*. El zumbido cesó.

— Está hecho — dijo Mikhail en tono formal —. Que así sea.